

9. Los ríos tienen tres propiedades: La primera, que todo lo que encuentran lo embisten y anegan; la segunda, que hinchen todos los bajos y vacíos que hallan delante; la tercera, que tienen tal sonido, que todo otro sonido privan y ocupan. Y porque en esta comunicación de Dios que vamos diciendo siente el alma en Él estas tres propiedades muy sabrosamente, dice que su Amado es *los ríos sonoros*.

Cuanto a la primera propiedad que el alma siente, es de saber que de tal manera se ve el alma embestir del torrente del espíritu de Dios en este caso, y con tanta fuerza apoderarse de ella, que le parece que vienen sobre ella todos los ríos del mundo, que la embisten y siente ser allí anegadas todas sus acciones y pasiones en que antes estaba. Y no porque es cosa de tanta fuerza es cosa de tormento, porque estos ríos son *ríos de paz*, según por Isaías (66, 12) da Dios a entender, diciendo de este embestir en el alma: *Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem gloriam*. Quiere decir: Notad y advertid que yo declinaré y embestiré sobre ella, es a saber, sobre el alma, como un río de paz, y así como un torrente que va redundando gloria. Y así, este embestir divino que hace Dios en el alma como *ríos sonoros*, toda la hinche de paz y gloria.

La segunda propiedad que el alma siente es que esta divina agua a este tiempo hinche los bajos de su humildad y llena los vacíos de sus apetitos, según dice san Lucas (1, 52): *Exaltavit humiles. Esurientes implevit bonis*. Que quiere decir: Ensalzó los humildes, y a los hambrientos llenó de bienes.

La tercera propiedad que el alma siente en estos

sonorosos ríos de su Amado es un ruido y voz espiritual que es sobre todo sonido y voz, la cual voz priva toda otra voz, y su sonido excede todos los sonidos del mundo. Y en declarar cómo esto sea, nos habemos de detener algún tanto.

10. Esta voz o este sonoro sonido de estos ríos que aquí dice el alma es un henchimiento tan abundante, que la hinche de bienes, y un poder tan poderoso que la posee, que no sólo le parece sonido de ríos, pero aun poderosísimos truenos. Pero esta voz es voz espiritual, y no trae esos otros sonidos corporales ni la pena y molestia de ellos, sino grandeza, fuerza, poder, deleite y gloria; y así es como una voz y sonido inmenso interior que viste al alma de poder y fortaleza. Esta espiritual voz y sonido se hizo en el espíritu de los Apóstoles al tiempo que el Espíritu Santo con vehemente torrente—como se dice en los Actos de los Apóstoles (2, 2)—descendió sobre ellos; que para dar a entender la espiritual voz que interiormente les hacía, se oyó *aquel sonido* de fuera *como de aire vehemente*, de manera que fuese oído de todos los que estaban dentro de Jerusalén; por el cual, como decimos, se denotaba el que dentro recibían los Apóstoles, que eran, como habemos dicho henchimiento de poder y fortaleza.

Y también cuando estaba el Señor Jesús rogando al Padre en el aprieto y angustia que recibía de sus enemigos, según lo dice san Juan (12, 28), le vino una voz del cielo interior, confortándole según la humanidad, cuyo sonido oyeron de fuera los judíos, tan grave y vehemente, que *unos decían que se había hecho algún trueno, y otros decían que le había hablado algún ángel del cielo*; y era que por aquella voz que se oía de fuera se denotaba y daba a entender la fortaleza y poder

que según la humanidad a Cristo se le daba de dentro.

Y no por eso se ha de entender que deja el alma de recibir el sonido de la voz espiritual en el espíritu. Donde es de notar que la voz espiritual es el efecto que ella hace en el alma; así como la corporal imprime su sonido en el oído y la inteligencia en el espíritu. Lo cual quiso dar a entender David (*Sal.* 67, 34) cuando dijo: *Ecce dabit voci suae vocem virtutis*. Que quiere decir: Mirad que Dios dará a su voz voz de virtud. La cual virtud es la voz interior; porque decir David *dara a su voz voz de virtud* es decir: a la voz exterior que se siente de fuera, dará voz de virtud que se sienta de dentro. De donde es de saber que Dios es voz infinita; y comunicándose al alma en la manera dicha, hácele efecto de inmensa voz.

11. Esta voz oyó san Juan en el Apocalipsi (14, 2), y dice que la voz que oyó del cielo *erat tamquam vocem aquarum multarum, y tamquam vocem tonitruí magni*. Quiere decir: Que era la voz que oyó como voz de muchas aguas, y como voz de un grande trueno. Y porque no se entienda que esta voz, por ser tan grande, era penosa y áspera, añade luego diciendo que esta misma voz era tan suave, que era *sicut citharoedorum citharizantium in citharis suis*. Que quiere decir: Era como de muchos tañedores que citarizaban en sus cítaras. Y Ezequiel (1, 24) dice que este sonido como de muchas aguas, era *quasi sonum sublimis Dei*, es a saber: Como sonido del altísimo Dios; esto es, que altísima y suavísimamente se comunicaba en él. Esta voz es infinita, porque, como decíamos, es el mismo Dios que se comunica haciendo voz en el alma; mas ciñese a cada alma *dando voz de virtud*, según le cuadra limitadamente, y

hace gran deleite y grandeza al alma. Y por eso dijo a la Esposa en los Cantares (2, 14): *Sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis*. Que quiere decir: Suene tu voz en mis oídos, porque es dulce tu voz.

Síguese el verso:

el silbo de los aires amorosos.

12. Dos cosas dice el alma en el presente verso, es a saber: aires y silbo. Por los *aires amorosos* se entienden aquí las virtudes y gracias del Amado, las cuales, mediante la dicha unión del Esposo, embisten en el alma y amorosísimamente se comunican y tocan en la substancia de ella. Y al *silbo* de estos aires llama una subidísima y sabrosísima inteligencia de Dios y de sus virtudes, la cual redundando en el entendimiento del toque que hacen estas virtudes de Dios en la substancia del alma; y éste es el más subido deleite que hay en todo lo demás que gusta el alma aquí.

13. Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo o sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite e inteligencia. Y así como el toque del aire se gusta en el sentido del tacto y el silbo del mismo aire con el oído, así también el toque de las virtudes del Amado se siente y goza con el tacto de esta alma, que es en la substancia de ella, y la inteligencia de las tales virtudes de Dios se siente en el oído del alma, que es el entendimiento.

Y es también de saber que entonces se dice venir *el aire amoroso* cuando sabrosamente hiere, satisfaciendo el apetito del que deseaba el tal re-

frigerio, porque entonces se regala y recrea el sentido del tacto, y con este regalo del tacto siente el oído gran regalo y deleite en el sonido y silbo del aire, mucho más que el tacto en el toque del aire, porque el sonido del oído es más espiritual, o, por mejor decir, allégase más a lo espiritual que el tacto, así el deleite que causa es más espiritual que el que causa el tacto.

14. Ni más ni menos, porque este toque de Dios satisface grandemente y regala la substancia del alma, cumpliendo suavemente su apetito, que era de verse en la tal unión, llama a la dicha unión o toques *aires amorosos*; porque, como habemos dicho, amorosa y dulcemente se le comunican las virtudes del Amado en él, de lo cual se deriva en el entendimiento el silbo de la inteligencia. Y llámale *silbo*, porque así como el silbo del aire causado se entra agudamente en el vasillo del oído, así esta sutilísima y delicada inteligencia se entra con admirable sabor y deleite en lo íntimo de la substancia del alma, que es muy mayor deleite que todos los demás.

La causa es, porque se le da substancia entendida y desnuda de accidentes y fantasmas; porque se da al entendimiento que llaman los filósofos *pasivo* o *posible*, porque pasivamente sin él hacer nada de su parte, la recibe; lo cual es el principal deleite del alma, porque es en el entendimiento, en que consiste la fruición, como dicen los teólogos, que es ver a Dios. Que por significar este *silbo* a dicha inteligencia substancial, piensan algunos teólogos que vio nuestro padre Elías a Dios en aquel *silbo de aire delgado* que sintió en el monte a la boca de su cueva (3 Reg., 19, 12). Allí le llama la Escritura *silbo de aire delgado*, porque de la sutil y delicada comunicación del espíritu le nacía la

inteligencia en el entendimiento; y aquí le llama el alma *silbo de aires amorosos*, porque de la amorosa comunicación de las virtudes de su Amado le redunda en el entendimiento, y por eso le llama *silbo de aires amorosos*.

15. Este divino silbo que entra por el oído del alma, no solamente es substancia, como he dicho, entendida, sino también descubrimiento de verdades de la Divinidad, y revelación de secretos suyos ocultos; porque ordinariamente las veces que en la Escritura divina se halla alguna comunicación de Dios, que se dice entrar por el oído, se halla ser manifestación de estas verdades desnudas en el entendimiento, o revelación de secretos de Dios; las cuales son revelaciones o visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma, sin servicio y ayuda de los sentidos, y así es muy alto y cierto esto que se dice comunicar Dios por el oído. Que por eso, para dar a entender san Pablo la alteza de su revelación, no dijo: *Vidit arcana verba*, ni menos: *Gustavi arcana verga*, sino (2 Cor., 12, 4) *Audivit arcana verba, quae non licet homini loqui*. Y es como si dijera: Oí palabras secretas que al hombre no es lícito hablar. En lo cual se piensa que vio a Dios también como nuestro padre Elías en el silbo. Porque así como *la fe*, como también dice san Pablo (*Rom.*, 10, 17), *es por el oído* corporal, así también lo que nos dice la fe, que es la substancia entendida, es por el oído espiritual. Lo cual dio bien a entender el profeta Job (42, 5), hablando con Dios, cuando se le reveló, diciendo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te*. Quiere decir: Con el oído de la oreja te oí; y ahora te ve mi ojo. En lo cual se da claro a entender que el oírlo con el oído del alma es verlo con el ojo del entendimien-

to pasivo que dijimos. Que por eso no dice: Oíte con el oído de mis orejas, sino de mi oreja; ni: Te vi con mis ojos, sino con mi ojo, que es el entendimiento. Luego este *oir* del alma es *ver* con el entendimiento.

16. Y no se ha de entender que esto que el alma entiende, porque sea substancia desnuda como habemos dicho, sea la perfecta y clara fruición como en el cielo; porque aunque es desnuda de accidentes, no es por eso clara, sino oscura, porque es contemplación; la cual en esta vida, como dice san Dionisio (1), es rayo de tiniebla; y así podemos decir que es un rayo de imagen de fruición, por cuanto es en el entendimiento, en que consiste la fruición. Esta substancia entendida, que aquí llama al alma *silbo*, es

los ojos deseados

que descubriéndoselos el Amado, dijo—porque no los podía sufrir el sentido—:

Apártalos, Amado.

17. Y porque me parece viene muy a propósito en este lugar una autoridad de Job, que confirma mucha parte de lo que he dicho en este arrobamiento y desposorio, referirla he aquí, aunque nos detengamos un poco más, y declararé las partes de ella que son a nuestro propósito. Y primero la pondré toda en latín, luego toda en romance, y después declararé brevemente lo que de ella conviene a nuestro propósito, y acabado esto, proseguiré la declaración de los versos de la otra can-

(1) *Myst. Theol.*, c. 1.

ción. Dice, pues, Elifaz Temanites en Job (4, 12-16) de esta manera: *Porro ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtive suscepit auris mea venas susurri ejus. In horrore visionis nocturnae, quando solet sopor occupare homines, pavor tenuit me et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt: et cum spiritus, me praesente, transiret, inhorruerunt pili carnis meae: stetit quidam, cujus non agnoscebam vultum, imago coram oculis meis, et vocem quasi aerae lenis audivi.* Y en romance quiere decir: De verdad a mí se me dijo una palabra escondida, y como a hurtadillas recibió mi oreja las venas de su surro. En el horror de la visión nocturna, cuando el sueño suele ocupar a los hombres, ocupóme el pavor y el temblor, y todos mis huesos se alborotaron; y como el espíritu pasase en mi presencia, encogióronseme las pieles de mi carne: púsose delante uno cuyo rostro no conocía, era imagen delante de mis ojos, y oí una voz de aire delgado.

En la cual autoridad se contiene casi todo lo que habemos dicho aquí hasta este punto de este raptó desde la canción XIII, que dice:

Apártalos, Amado.

Porque en lo que aquí dice Elifaz Temanites, que *se le dijo una palabra escondida*, se significa aquello escondido que se le dio al alma, cuya grandeza no pudiendo sufrir, dijo:

Apártalos, Amado.

18. Y en decir que *recibió su oreja las venas de su susurro como a hurtadillas*, es decir la substancia desnuda que habemos dicho que recibe el entendimiento; porque *venas* aquí denotan subs-

tancia interior, y el *susurro* significa aquella comunicación y toque de virtudes, de donde se comunica al entendimiento de dicha substancia entendida. Y llámale aquí *susurro*, porque es muy suave la tal comunicación, así como allí la llama *aires amorosos* el alma, porque amorosamente se comunica. Y dice que la recibió *como a hurtadillas*, porque así como lo que se hurta es ajeno, así aquel secreto era ajeno del hombre, hablando naturalmente, porque recibió lo que no era de su natural; y así no le era lícito recibirle, como tampoco a san Pablo le era lícito poder decir el suyo. Por lo cual dijo el otro profeta (*Isai.*, 24, 16) dos veces: *Mi secreto para mí.*

Y cuando dijo: *En el horror de la visión nocturna, cuando suele el sueño ocupar los hombres, me ocupó el pavor y temblor*, da a entender el temor y temblor que naturalmente hace al alma aquella comunicación de arrobamiento, que decíamos no podía sufrir el natural en la comunicación del espíritu de Dios. Porque da aquí a entender este Profeta, que, así como al tiempo que se van a dormir los hombres les suele oprimir y atemorizar una visión, que llaman pesadilla, la cual les acaece entre el sueño y la vigilia; que es en aquel punto que comienza el sueño; así al tiempo de este traspaso espiritual entre el sueño de la ignorancia natural y la vigilia del conocimiento sobrenatural, que es el principio del arrobamiento o éxtasis, les hace temor y temblor la visión espiritual que entonces se le comunica.

19. Y añade más, diciendo: que *todos sus huesos se asombraron o alborotaron*. Que quiere tanto decir como si dijera: se conmovieron o desencajaron de sus lugares; en lo cual da a entender

el gran descoyuntamiento de huesos que habemos dicho padecer a este tiempo. Lo cual da bien a entender Daniel (10, 16) cuando vio al ángel, diciendo: *Domine, in visione tua dissolutae sunt compages meae*. Esto es: Señor, en tu visión las junturas de mis huesos se han abierto.

Y en lo que dice luego que es: *Y como el espíritu pasase en mi presencia*, es a saber, haciendo pasar al mío de sus límites y vías naturales por el arrobamiento que habemos dicho, *encogiéronse las pieles de mis carnes*, da a entender lo que habemos dicho del cuerpo, que en este traspaso se queda helado y encogidas las carnes como muerto.

20. Y luego se sigue: *Estuvo uno cuyo rostro no conocía, era imagen delante de mis ojos*. Este que dice que estuvo, era Dios que se comunicaba en la manera dicha. Y dice que *no conocía su rostro*, para dar a entender que en la tal comunicación y visión, aunque es altísima, no se conoce ni ve el rostro y esencia de Dios. Pero dice que era *imagen delante sus ojos*; porque, como habemos dicho, aquella inteligencia de palabra escondida era altísima, como imagen y rastro de Dios; mas no se entiende que es ver esencialmente a Dios.

21. Y luego concluye diciendo: *y oí una voz de aire delicado*, en que se entiende

el silbo de los aires amorosos.

que dice aquí el alma que es su Amado.

Y no se ha de entender que siempre acaecen estas visitas con estos temores y detrimentos naturales, que, como queda dicho, es a los que comienzan a entrar en estado de iluminación y per-

fección y en este género de comunicación, porque en otros antes acaecen con gran suavidad.

Síguese la declaración

La noche sosegada.

22. Este sueño espiritual que en el alma tiene en el pecho de su Amado, posee y gusta todo el sosiego y descanso y quietud de la pacífica noche, y recibe juntamente en Dios una abisal y oscura inteligencia divina, y por eso dice que su Amado es para ella.

*La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora.*

23. Pero esta noche sosegada dice que no es de manera que sea como oscura noche, sino como la noche *junto ya a los levantes de la mañana, id est*, compareja con los levantes; porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo oscuro, como oscura noche, sino sosiego y quietud en la luz divina, en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado a luz divina. Y llama bien propiamente aquí a esta luz divina *levantes de la aurora*, que quiere decir la mañana; porque así como los levantes de la mañana despiden la oscuridad de la noche y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural a la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro, sino, como dicho es, oscuro, como noche *en par de los levantes de la aurora*. Porque así como la noche *en par de los levantes*, ni del todo es noche ni del todo es día, sino, como dicen, entre dos luces, así esta soledad y sosiego divino, ni

con toda claridad es informado de la luz divina, ni deja de participar algo de ella.

24. En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender a la divina luz, bien así como el que después de un largo sueño abre los ojos a la luz que no esperaba. Este conocimiento entiendo quiso dar a entender David (*Sal. 101, 8*), cuando dijo: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Que quiere decir: Recordé, y fui hecho semejante al pájaro solitario en el tejado. Como si dijera: Abrí los ojos de mi entendimiento y halléme sobre todas las inteligencias naturales solitario sin ellas en el tejado, que es sobre todas las cosas de abajo. Y dice aquí que *fue hecho semejante al pájaro solitario*, porque en esta manera de contemplación tiene el espíritu las propiedades de este pájaro, las cuales son cinco. La primera, que ordinariamente se pone en lo más alto, y así el espíritu en este paso se pone en altísima contemplación. La segunda, que siempre tiene vuelto el pico donde viene el aire, y así el espíritu vuelve aquí el pico del afecto hacia donde viene el espíritu de amor, que es Dios. La tercera es, que ordinariamente está solo y no consiente otra ave alguna junto a sí, sino que en posándose alguna junto, luego se va; y así el espíritu en esta contemplación está en soledad de todas las cosas, desnudo de todas ellas, ni consiente en sí otra cosa que soledad en Dios. La cuarta propiedad es, que canta muy suavemente, y lo mismo hace a Dios el espíritu a este tiempo: porque las alabanzas que hace a Dios son de suavísimo amor, sabrosísimas para sí y preciosísimas para Dios. La quinta es, que no es de algún determinado color; y así el espíritu perfecto, que no sólo en este exceso no tiene algún color de afec-

to sensual y amor propio, mas ni aun particular consideración en lo superior ni inferior, ni podrá decir de ello modo ni manera, porque es abismo de noticia de Dios la que posee, según se ha dicho.

la música callada.

25. En aquel sosiego y silencio de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz divina, echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la sabiduría de Dios en las diferencias de todas sus criaturas y obras; todas ellas y cada una de ellas dotadas con cierta correspondencia a Dios, en que cada una en su manera dé su voz de lo que en ella es Dios; de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías del mundo. Y llama a ésta *música callada*, porque, como hemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta sin ruido de voces; y así se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio. Y así dice que su Amado es esta música callada, porque en Él se conoce y gusta esta armonía de música espiritual.

Y no sólo eso, sino que también es

la soledad sonora.

26. Lo cual es casi lo mismo que

la música callada.

porque aunque aquella *música es callada* cuanto a los sentidos y potencias naturales, es *soledad* muy *sonora* para las potencias espirituales; porque estando ellas solas y vacías de todas las formas y aprensiones naturales, pueden recibir bien el sonido espiritual sonorísimamente en el espíritu de la

excelencia de Dios en Sí y en sus criaturas, según aquello que dijimos arriba haber visto san Juan en espíritu en el Apocalipsi (14, 2), conviene a saber: *Voz de muchos citaredos que citarizaban en sus cítaras*; lo cual fue en espíritu y no de cítaras materiales, sino cierto conocimiento de las alabanzas de los bienaventurados, que, cada uno en su manera de gloria, hace a Dios continuamente. Lo cual es como música; porque así como cada uno posee diferentemente sus dones, así cada uno canta su alabanza diferentemente, y todos en una concordancia de amor, bien así como música.

27. A este mismo modo echa de ver el alma, en aquella sabiduría sosegada en todas las criaturas, no sólo superiores, sino también inferiores, según lo que en ellas tienen en sí cada una recibido de Dios, dar cada una su voz de testimonio de lo que es Dios, y ve que cada una en su manera engrandece a Dios, teniendo en sí a Dios según su capacidad; y así todas estas voces hacen una voz de música de grandeza de Dios y sabiduría y ciencia admirable. Y esto es lo que quiso decir el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría (1, 7), cuando dijo: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum: et hoc quod continet omnia, scientiam habet vocis*. Quiere decir: El Espíritu del Señor llenó la redondez de las tierras; y este mundo, que contiene todas las cosas que Él hizo, tiene ciencia de voz; que es.

la soledad sonora

que decimos conocer el alma aquí, que es el testimonio que de Dios todas ellas dan en sí. Y por cuanto el alma recibe esta *sonora música*, no sin

soledad y enajenación de todas las cosas exteriores,
 las llama

la música callada

y

la soledad sonora

la cual dice que es su Amado.

Y más:

la cena que recrea y enamora.

28. La cena a los amados hace recreación, hartura y amor. Porque estas tres cosas causa el Amado en el alma en esta suave comunicación, le llama ella aquí

la cena que recrea y enamora.

Es de saber, que en la Escritura divina este nombre *cena* se entiende por la visión divina; porque así como la cena es remate del trabajo del día y principio del descanso de la noche, así esta noticia que habemos dicho sosegada le hace sentir al alma cierto fin de males y posesión de bienes, en que *se enamora* de Dios más de lo que antes estaba; y por eso le es Él a ella *la cena que recrea* en serle fin de los males; y *la enamora* en serle a ella posesión de todos los bienes.

29. Pero para que se entienda mejor cómo sea esta cena para el alma, la cual cena, como habemos dicho, es su Amado, conviene aquí notar lo que el mismo Amado Esposo dice en el Apocalipsi (3, 20), es a saber: *Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré y cenaré con él y él conmigo*. En lo cual da a entender que Él trae la cena consigo, la cual no es otra cosa sino su mismo sabor y deleites de que Él mismo goza;

los cuales, uniéndose Él con el alma, se los comunica y goza ella también, que eso quiere decir: *Yo cenaré con él, y él conmigo*. Y así, en estas palabras, se da a entender el efecto de la divina unión del alma con Dios, en la cual los mismos bienes propios de Dios se hacen comunes también al alma Esposa, comunicándoselos Él, como habemos dicho, graciosa y largamente. Y así Él, mismo es para ella

la cena que recrea y enamora;

porque en serle largo *la recrea*, y en serle gracioso *la enamora*.

30. Antes que entremos en la declaración de las demás canciones, conviene aquí advertir que no porque habemos dicho que en aqueste estado de desposorio, aunque habemos dicho que el alma goza de toda tranquilidad y que se le comunica todo lo demás que se puede en esta vida, entiéndese que la tranquilidad sólo es según la parte superior; porque la parte sensitiva, hasta el estado del matrimonio espiritual, nunca acaba de perder sus resabios, ni sujetar del todo sus fuerzas, como después se dirá; y qué lo que le comunica es lo más que se puede en razón de desposorio, porque en el matrimonio espiritual hay grandes ventajas. Porque en el desposorio, aunque en las visitas goza de tanto bien el alma Esposa, como se ha dicho, todavía padece ausencias y perturbaciones y molestias de parte de la porción inferior y del demonio, todo lo cual cesa en el estado del matrimonio.

CANCION XVI

ANOTACION

1. Pues como la Esposa tiene ya las virtudes puestas en el alma en el punto de su perfección, en que está gozando de ordinaria paz en las visitas que el Amado le hace, algunas veces goza subidísimamente la suavidad y fragancia de ellas por el toque que el Amado hace en ellas, bien así como se gusta la suavidad y hermosura de las azucenas y flores cuando están abiertas y las tratan. Porque en muchas de estas visitas ve el alma en su espíritu todas las virtudes suyas, obrando Él en ella esta luz; y ella, entonces, con admirable deleite y sabor de amor, las junta todas y las ofrece al Amado como una piña de hermosas flores y recibíéndolas el Amado entonces—porque de veras las recibe—, recibe en ello gran servicio. Todo lo cual pasa dentro del alma, en que siente ella estar el Amado como en su propio lecho, porque el alma se ofrece juntamente con las virtudes, que es el mayor servicio que ella le puede hacer. Y así uno de los mayores deleites que en el trato interior con Dios ella suele recibir, es en esta manera de don que hace al Amado.

2. Y conociendo el demonio esta prosperidad del alma—el cual, por su gran malicia, todo el bien que en ella ve, envidia—, a este tiempo usa de toda su habilidad y ejercita todas sus artes para poder turbar en el alma siquiera una mínima parte de este bien. Porque más precia él impedir a esta alma un quilate de esta su riqueza y glorioso deleite, que hacer caer a otras muchas en otros muchos y muy graves pecados; porque las otras tie-

nen poco o nada que perder, y ésta mucho, porque tiene mucho ganado y muy precioso; así como perder un poco de oro muy primo es más que perder mucho de otros bajos metales. Aprovechase aquí el demonio de los apetitos sensitivos, aunque con éstos en este estado las más veces puede muy poco o nada, por estar ya ellos amortiguados; y de que con esto no puede, representa a la imaginación muchas variedades. Y a las veces levanta en la parte sensitiva muchos movimientos, como después se dirá, y otras molestias que causa, así espirituales como sensitivas, de las cuales no es en mano del alma poderse librar hasta que *el Señor envía su ángel*—como se dice en el salmo (33, 8)—*en derredor de los que temen, y los libra*, y hace paz y tranquilidad, así en la parte sensitiva, como en la espiritual del alma. La cual, para denotar todo esto y pedir este favor, recelosa de la experiencia que tiene de las astucias que usa el demonio para hacerle el dicho daño en este tiempo, hablando con los ángeles, cuyo oficio es favorecer a este tiempo ahuyentando los demonios, dice la siguiente canción:

Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montaña.

DECLARACION

3. Deseando, pues, el alma que no le impidan la continuación de este deleite interior de amor, que es *la flor de la viña* de su alma, ni los envidiosos y maliciosos, demonios, ni los furiosos ape-

titos de la sensualidad, ni las varias idas y venidas de imaginaciones, ni otras cualesquier noticias y presencias de cosas, invoca a los ángeles diciendo que cacen todas estas cosas y las impidan, de manera que no impidan el ejercicio de amor interior, en cuyo deleite y sabor se están comunicando y gozando las virtudes y gracias entre el alma y el Hijo de Dios. Y así dice:

*Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña.*

4. La *viña* que aquí dice es el plantel que está en esta santa alma de todas las virtudes, las cuales le dan a ella vino de dulce sabor. Esta *viña* del alma está *florida*, cuando según la voluntad está unida con el Esposo, y en el mismo Esposo está deleitándose, según todas estas virtudes juntas; y algunas veces, como habemos dicho, suelen acudir a la memoria y fantasía muchas y varias formas de imaginaciones, y en la parte sensitiva se levantan muchos y varios movimientos y apetitos. Los cuales, por ser de tantas maneras y tan varios, cuando David (*Sal. 62, 2*) estaba bebiendo este sabroso vino del espíritu con grande sed en Dios, sintiendo el impedimento y molestia que le hacían, dijo: *Mi alma tuvo sed en ti; ¡cuán de muchas maneras se ha mi carne a ti!*

5. Llama el alma a toda esta armonía de apetitos y movimientos sensitivos *raposas*, por la gran propiedad que tienen a este tiempo con ellas. Porque así como las raposas se hacen dormidas para hacer presa cuando salen a caza, así todos estos apetitos y fuerzas sensitivas estaban sosegadas y dormidas, hasta que en el alma se levantan y se abren y salen a ejercicio estas flores de las virtu-

des; y entonces también parece que despiertan y se levantan en la sensualidad sus flores de apetitos y fuerzas sensuales a querer ellas contradecir al espíritu y reinar. Hasta esto llega *la codicia*, que dice san Pablo (*Gal.*, 5, 17) *que tiene la carne contra el espíritu*; que por ser su inclinación grande a lo sensitivo, gustando el espíritu, se desabre y disgusta toda carne; y en esto dan estos apetitos gran molestia al dulce espíritu, por lo cual dice:

Cazadnos las raposas.

6. Pero los maliciosos demonios de su parte hacen aquí molestia al alma de dos maneras. Porque ellos incitan y levantan estos apetitos con vehemencia, y con ellos y otras imaginaciones, etc., hacen guerra a este reino pacífico y florido del alma. Y lo segundo, y que peor es, que cuando de esta manera no pueden, embisten en ella con tormentos y ruidos corporales para hacerla divertir. Y lo que es más malo, que la combaten con temores y horrores espirituales, a veces de terrible tormento; lo cual a este tiempo, si se les da licencia, pueden ellos muy bien hacer, porque como el alma se pone en muy desnudo espíritu para este ejercicio espiritual, puede con facilidad él hacerse presente a ella, pues también él es espíritu. Otras veces la hace otros embestimientos de horrores, antes que comience ella a gustar estas dulces flores, al tiempo que Dios la comienza algo a sacar de la casa de sus sentidos para que entre en el dicho ejercicio interior al huerto del Esposo; porque sabe que si una vez se entra en aquel recogimiento, está tan amparada, que por más que haga no puede hacerle daño. Y muchas veces, cuando aquí el demonio sale a tomarle el paso, suele el alma

con gran presteza recogerse en el hondo escondrijo de su interior, donde halla gran deleite y amparo, y entonces padece aquellos terrores tan por de fuera y tan a lo lejos, que no sólo no le hacen temor, mas le causan alegría y gozo.

7. De estos terrores hizo la Esposa mención en los Cantares (6, 11), diciendo: *Mi alma me conturbó por causa de los carros de Aminadab*. Entendiendo allí por Aminadab al demonio; llamando carros a sus embestimientos y acometimientos, por la grande vehemencia y tropel y ruido que con ellos trae. Después dice aquí el alma: *Cazadnos las raposas*, lo cual también la Esposa en los Cantares al mismo propósito pidió diciendo (2, 15): *Cazadnos las raposas pequeñas, que desmenuzan las viñas, porque nuestra viña ha florecido*. Y no dice cazadme, sino cazadnos, porque habla de sí y del Amado, porque están en uno y gozando la flor de la viña.

La causa porque aquí dice que la viña está con flor, y no dice con fruto, es porque las virtudes en esta vida, aunque se gozan en el alma con tanta perfección como ésta de que hablamos, es como gozarle en flor; porque sólo en la otra se gozarán como en fruto.

Y dice luego:

*en tanto que de rosas
hacemos una piña.*

8. Porque a esta sazón que el alma está gozando la flor de esta viña, y deleitándose en el pecho de su Amado, acaece así que las virtudes del alma se ponen todas en pronto y claro, como hemos dicho, y en su punto, mostrándose al alma y dándole de sí gran suavidad y deleite; las cuales sien-

te el alma estar en sí misma y en Dios, de manera que le parecen ser una viña muy florida y agradable, de ella y de Él, en que ambos se apacientan y deleitan; y entonces el alma junta todas estas virtudes, haciendo actos muy sabrosos de amor en cada una de ellas y en todas juntas, y así juntas las ofrece ella al Amado con gran ternura de amor y suavidad; a lo cual le ayuda el mismo Amado, porque sin su favor y ayuda no podría ella hacer esta junta y ofrenda de virtudes a su Amado, que por eso dice:

hacemos una piña,

es a saber: el Amado y yo.

9. Y llama *piña* a esta junta de virtudes, porque así como la piña es una pieza fuerte y en sí contiene muchas piezas fuertes y fuertemente abrazadas, que son los piñones, así esta piña de virtudes que hace el alma para su Amado es una sola pieza de perfección del alma, la cual fuerte y ordenadamente abraza y contiene en sí muchas perfecciones y virtudes fuertes y dones muy ricos. Porque todas las perfecciones y virtudes se ordenan y contienen en una sólida perfección del alma; la cual, en tanto que está haciéndose por el ejercicio de las virtudes, y ya hecha, se está ofreciendo de parte del alma al Amado en el espíritu de amor que vamos diciendo. Conviene, pues, que se cacen las dichas raposas, porque no impidan la tal comunicación interior de los dos.

Y no sólo pide esto solo la Esposa en esta canción para poder hacer bien la piña, mas también quiere lo que se sigue en el verso siguiente, es a saber:

y no parezca nadie en la montiña.

10. Porque para este divino ejercicio interior es también necesaria soledad y ajenación de todas las cosas que se podrían ofrecer al alma, ahora de parte de la porción inferior, que es la sensitiva del hombre, ahora de parte de la porción superior, que es la racional; las cuales dos porciones son en que se encierra toda la armonía de las potencias y sentidos del hombre; a la cual armonía llama aquí *montiña*. Porque morando en ella y situándose en ella todas las noticias y apetitos de la naturaleza, como la caza en el monte, en ella suele el demonio hacer caza y presa en esos apetitos y noticias para mal del alma. Dice que en esta *montiña no parezca nadie*, es a saber, representación y figura y de cualquier objeto perteneciente a cualquiera de estas potencias o sentidos que habemos dicho, no parezca delante el alma y el Esposo. Y así es como si dijera: En todas las potencias espirituales del alma, como son memoria, entendimiento y voluntad, no haya noticias ni afectos particulares ni otras cualesquier advertencias; y en todos los sentidos y potencias corporales, así interiores como exteriores, que son imaginativa, fantasía, etc., ver, oír, etc., no haya otras digresiones y formas, e imágenes y figuras, ni representaciones de objetos al alma, ni otras operaciones naturales.

11. Esto dice aquí el alma, por cuanto para gozar perfectamente de esta comunicación con Dios conviene que todos los sentidos y potencias, así interiores como exteriores, estén desocupados, vacíos y ociosos de sus propias operaciones y objetos; porque en tal caso cuando ellos de suyo más se ponen en ejercicio, tanto más estorban; porque llegando el alma a alguna manera de unión interior de amor, ya no obran en esto las potencias

espirituales, y menos las corporales, por cuanto está ya hecha y obrada la obra de unión de amor, actuada el alma en amor, y así acabaron de obrar las potencias, porque, llegando al término, cesan todas las operaciones de los medios. Y así lo que el alma hace entonces, es asistencia de amor en Dios, lo cual es amar en continuación de amor unitivo. *No parezca, pues, nadie en la montaña;* sola la voluntad parezca, asistiendo al Amado en entrega de sí y de todas las virtudes, en la manera que está dicho.

CANCION XVII

ANOTACION

1. Para más noticia de la canción que se sigue, conviene aquí advertir que las ausencias que padece el alma de su Amado en este estado de desposorio espiritual son muy aflictivas, y algunas son de manera que no hay pena que se le compare. La causa de esto es que, como el amor que tiene a Dios en este estado es grande y fuerte, atormentale grande y fuertemente en la ausencia. Y añádese a esta pena la molestia que a este tiempo recibe en cualquiera manera de trato o comunicación de las criaturas, que es muy grande. Porque como ella está con aquella gran fuerza de deseo abisal por la unión con Dios, cualquiera entretenimiento le es gravísimo y molesto; bien así como a la piedra, cuando con grande ímpetu y velocidad va llegando hacia su centro, cualquiera cosa en que topase y la entretuviese en aquel vacío le sería muy violenta. Y como está ya el alma saboreada con estas dulces visitas, sonle más deseables sobre el oro y toda hermosura. Y por eso, temiendo el

alma mucho carecer aun por un momento de tan preciosa presencia, hablando con la sequedad y con el Espíritu de su Esposo, dice esta canción:

Detente, Cierzo muerto,
ven, Austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto
y corran tus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

DECLARACION

2. Además de lo dicho en la canción pasada, la sequedad de espíritu es también causa de impedir al alma el jugo de suavidad interior de que arriba ha hablado; y temiendo ella esto, hace dos cosas en esta canción: La primera, impedir la sequedad, cerrándole la puerta por medio de la continua oración y devoción. La segunda cosa que hace es invocar el Espíritu Santo, que es el que ha de ahuyentar esta sequedad del alma, y el que sustenta en ella y aumenta el amor del Esposo, y también ponga al alma en ejercicio interior de las virtudes, todo a fin de que el Hijo de Dios, su Esposo, se goce y deleite más en ella, porque toda su pretensión es dar contento al Amado.

Detente, Cierzo muerto,

3. El *cierzo* es un viento muy frío, que seca y marchita las flores y plantas, y a lo menos las hace encoger y cerrar cuando en ellas hiere. Y porque la sequedad espiritual y la ausencia afectiva del Amado hacen este mismo efecto en el alma que la tiene, apagándole el jugo y sabor y fragancia que gustaba de las virtudes, la llama *Cierzo muerto*: porque todas las virtudes y ejercicio afectivo que

tenía el alma tiene amortiguado, y por eso dice aquí el alma:

Detente, Cierzo muerto,

El cual dicho del alma se ha de entender que es hecho y obra de oración, de ejercicios espirituales, para que se detenga la sequedad.

Pero porque en este estado las cosas que Dios comunica al alma son tan interiores que con ningún ejercicio de sus potencias de suyo puede el alma ponerlas en ejercicio y gustarlas, si el espíritu del Esposo no hace en ella esta moción de amor, le invoca ella luego, diciendo:

Ven, Austro, que recuerdas los amores.

4. El *austro* es otro viento, que vulgarmente se llama *ábrego*; este aire apacible causa lluvias y hace germinar las hierbas y plantas, y abrir las flores y derramar su olor; tiene los efectos contrarios al cierzo. Y así, por este aire entiende el alma al Espíritu Santo, el cual dice que *recuerda los amores*; porque cuando este divino aire embiste en el alma, de tal manera la inflama toda y la regala y aviva, y recuerda la voluntad, y levanta los apetitos que antes estaban caídos y dormidos al amor de Dios, que se puede bien decir *que recuerda los amores* de Él y de ella.

Y lo que pide al Espíritu Santo es lo que dice en el verso siguiente:

aspira por mi huerto.

5. El cual *huerto* es la misma alma. Porque así como arriba ha llamado a la misma alma *viña florida*, porque la flor de las virtudes que

hay en ella le dan vino de dulce sabor, así aquí la llama también *huerto*, porque en ella están plantadas y nacen y crecen las flores de perfecciones y virtudes que habemos dicho.

Y es aquí de notar que no dice la Esposa: *Aspira en mi huerto*, sino *Aspira por mi huerto*; porque es grande la diferencia que hay entre aspirar Dios *en* el alma y aspirar *por* el alma; porque aspirar *en* el alma es infundir en ella gracia, dones y virtudes; y aspirar *por* el alma es hacer Dios toque y moción en las virtudes y perfecciones que ya le son dadas, renovándolas y moviéndolas de suerte que den de sí admirable fragancia y suavidad al alma; bien así como cuando menean las especias aromáticas, que al tiempo que se hace aquella moción, derraman la abundancia de su olor, el cual antes ni era tal ni se sentía en tanto grado. Porque las virtudes que el alma tiene en sí, adquiridas o infusas, no siempre las está sintiendo y gozando actualmente; porque, como después diremos, en esta vida están en el alma como flores en cogollo cerradas, o como especias aromáticas cubiertas, cuyo olor no se siente hasta ser abiertas y movidas, como habemos dicho.

6. Pero algunas veces hace Dios tales mercedes al alma Esposa, que aspirando con su Espíritu divino *por* este florido huerto de ella, abre todos estos cogollos de virtudes y descubre estas especias aromáticas de dones y perfecciones y riquezas del alma, y manifestando el tesoro y caudal interior, descubre toda la hermosura de ella. Y entonces es cosa admirable de ver y suave de sentir la riqueza que se descubre al alma de sus dones y la hermosura de estas flores de virtudes, ya todas abiertas en el alma; y la suavidad de olor que

cada una de sí le da, según su propiedad, es inestimable.

Y esto llama aquí *correr los olores del huerto*, cuando en el verso siguiente dice:

y corran tus olores.

7. Los cuales son en tanta abundancia algunas veces, que al alma le parece estar vestida de deleites y bañada en gloria inestimable; tanto, que no sólo ella lo siente de dentro, pero aun suélele redundar tanto de fuera, que lo conocen los que saben advertir, y les parece estar la tal alma como un delicioso jardín lleno de deleites y riquezas de Dios. Y no sólo cuando estas flores están abiertas se echa de ver esto en estas santas almas, pero ordinariamente traen en sí un no sé qué de grandeza y dignidad que causa detenimiento y respeto a los demás, por el efecto sobrenatural que se difunde en el sujeto de la próxima y familiar comunicación con Dios, cual se escribe en el Exodo (34, 30) de Moisés, que *no podían mirar en su rostro* por la honra y gloria que le quedaba por haber tratado cara a cara con Dios.

8. En este *aspirar* el Espíritu Santo *por el alma*, que es visitación suya, en amor a ella se comunica en alta manera el Esposo Hijo de Dios; que por eso envía su Espíritu primero—como a los Apóstoles—, que es su aposentador, para que le prepare la posada del alma Esposa, levantándola en deleite, poniéndole el huerto a gusto, abriendo sus flores, descubriendo sus dones, arreándola de la tapicería de sus gracias y riquezas. Y así, con grande deseo desea el alma Esposa todo esto, es a saber: que se vaya el cierzo, que venga el austro, que aspire por el huerto, porque en esto gana el alma muchas cosas juntas. Porque gana el gozar

las virtudes puestas en el punto de sabroso ejercicio, como habemos dicho; gana el gozar al Amado en ellas, pues mediante ellas, como acabamos de decir, se comunica en ella con más estrecho amor, y haciéndole más particular merced que antes; y gana que el Amado mucho más se deleita en ella por este ejercicio actual de virtudes; que es de lo que ella más gusta, es a saber, que guste su Amado; y gana también la continuación y duración de tal sabor y suavidad de virtudes, la cual dura en el alma todo el tiempo que el Esposo asiste en ella en tal manera, estándole dando la Esposa suavidad en sus virtudes, según en los Cánticos (1, 11) ella lo dice en esta manera: *En tanto que estaba el Rey en su reclinatorio*, es a saber, en el alma, *mi arbolico florido y oloroso dio olor de suavidad*; entendiendo aquí por este arbolico oloroso la misma alma, que de flores de virtudes que en sí tiene, da *olor de suavidad* al Amado que en ella mora en esta manera de unión.

9. Por tanto, mucho es de desear este divino aire del Espíritu Santo, y que pida cada alma *aspire por su huerto* para que corran divinos olores de Dios. Que por ser esto tan necesario y de tanta gloria y bien para el alma, la Esposa lo deseó y pidió por los mismos términos que aquí en los Cantares (4, 16), diciendo: *Levántate de aquí, cierzo; y ven, ábrego, y aspira por mi huerto, y correrán tus olores y preciosas especias*.

Y esto todo lo desea el alma, no por el deleite y gloria que de ello se le sigue, sino por lo que en esto sabe que se deleita su Esposo, y porque esto es disposición y prenuncio para que el Hijo de Dios venga a deleitarse en ella; que por eso dice luego:

y pacerá el Amado entre las flores.

10. Significa el alma este deleite que el Hijo de Dios tiene en ella en esta sazón, por nombre de *pasto*, que muy más al propio lo da a entender, por ser el pasto o comida cosa que no sólo da gusto, pero aún sustenta; y así, el Hijo de Dios se deleita en el alma en estos deleites de ella, y se sustenta en ella, esto es, persevera en ella como en lugar donde grandemente se deleita, porque el lugar se deleita de veras en Él. Y eso entiendo que es lo que Él mismo quiso decir por la boca de Salomón en los Proverbios (8, 31), diciendo: *Mis deleites son con los hijos de los hombres*; es a saber, cuando los deleites son estar conmigo, que soy el Hijo de Dios.

Y conviene aquí notar que no dice el alma aquí, que *pacera el Amado* las flores, sino *entre las flores*. Porque como quiera que la comunicación suya, es a saber, del Esposo, sea en la misma alma mediante el arreo ya dicho de las virtudes, síguese que lo que pace es la misma alma transformada en Sí, estando ya ella guisada, salada y sazónada con las dichas flores de virtudes y dones y perfecciones, que son la salsa con que y entre la que pace; las cuales, por medio del aposentador ya dicho, están dando al Hijo de Dios sabor y suavidad en el alma, para que por este medio se apaciente más en el amor de ella. Porque ésta es la condición del Esposo, unirse con el alma entre la fragancia de estas flores. La cual condición nota muy bien la Esposa en los Cantares (6, 1), como quien tan bien la sabe, por estas palabras diciendo: *Mi Amado descendió a su huerto a la erica y aire de las especies odoríferas, para apacentarse en los huertos y coger lirios*. Y otra vez dice (6, 2): *Yo para mi Amado, y mi Amado para mí, que se apacienta entre los lirios*; es a

saber, que se apacienta y deleita en mi alma, que es el huerto suyo, entre los lirios de mis virtudes y perfecciones y gracias.

CANCION XVIII

ANOTACIÓN

1. En este estado, pues, de desposorio espiritual, como el alma echa de ver sus excelencias y grandes riquezas, y que no las posee y goza como querría, a causa de la morada que hace en carne, muchas veces padece mucho, mayormente cuando más se le aviva la noticia de esto; porque echa de ver que ella está en el cuerpo como un gran señor en la cárcel, sujeto a mil miserias, y que le tienen confiscados sus reinos, e impedido todo su señorío y riquezas, y no se le da de su hacienda sino muy por tasa la comida; en lo cual lo que podrá sentir, cada uno lo echará bien de ver, mayormente aún los domésticos de su casa no le estando bien sujetos, sino que a cada ocasión sus siervos y esclavos sin algún respeto se enderezan contra él, hasta querer cogerle el bocado del plato. Pues que cuando Dios hace merced al alma de darle a gustar algún bocado de los bienes y riquezas que le tiene aparejadas, luego se levanta en la parte sensitiva un mal siervo de apetito, ahora un esclavo de desordenado movimiento, ahora otras rebeliones de esta parte inferior a impedirle este bien:

2. En lo cual se siente el alma estar como en tierra de enemigos, y tiranizada entre extraños, y como muerta entre los muertos, sintiendo bien lo que da a entender el profeta Baruch (3, 10), cuan-

do encarece esta miseria en la cautividad de Jacob, diciendo: *¿Quién es Israel, para que esté en la tierra de los enemigos? Envejecístete en la tierra ajena, contaminástete con los muertos, y estimáronte con los que descienden al infierno.* Y Jeremías (2, 14), sintiendo este mísero trato que el alma padece de parte del cautiverio del cuerpo, hablando con Israel, según el sentido espiritual, dice. *¿Por ventura Israel es siervo o esclavo, por que así esté preso? Sobre él rugieron los leones, etcétera.* Entendiendo aquí por *los leones* los apetitos y rebeliones, que decimos, de este tirano rey de la sensualidad. De lo cual, para mostrar el alma la molestia que recibe, y el deseo que tiene de que este reino de la sensualidad con todos sus ejércitos y molestias se acabe ya o se le sujete del todo, levantando los ojos al Esposo, como quien lo ha de hacer todo, hablando contra los dichos movimientos y rebeliones, dice esta canción:

¡Oh ninfas de Judea,
 en tanto que en las flores y rosales
 el ámbar perfumea,
 morá en los arrabales,
 y no queráis tocar nuestros umbrales!

DECLARACIÓN

3. En esta canción la Esposa es la que habla, la cual, viéndose puesta, según la porción superior espiritual, en tan ricos y aventajados dones y deleites de parte de su Amado, deseando conservarse en su seguridad y continua posesión de ellos, en la cual el Esposo la ha puesto en las dos canciones precedentes, viendo que de parte de la porción inferior, que es la sensualidad, se le podría impedir, y que de hecho impide y perturba tanto bien, pide a las operaciones y movimientos de

esta porción inferior que se sosieguen en las potencias y sentidos de ella, y no pasen los límites de su región, la sensual, a molestar e inquietar la porción superior y espiritual del alma, porque no la impida, aun por algún mínimo movimiento, el bien y suavidad de que goza. Porque los movimientos de la parte sensitiva y sus potencias, si obran cuando el espíritu goza, tanto más le molestan e inquietan cuanto ellos tienen de más obra y viveza. Dice, pues, así:

¡Oh ninfas de Judea!

4. *Judea* llama a la parte inferior del alma, que es la sensitiva. Y llámala *Judea*, porque es flaca y carnal y de suyo ciega, como lo es la gente judaica. Y llama *ninfas* a todas las imaginaciones, fantasías y movimientos y aficiones de esta porción inferior. A todas éstas llama *ninfas*, porque así como las ninfas por su afición y gracia atraen para sí a los amantes, así estas operaciones y movimientos de la sensualidad sabrosa y porfiadamente procuran atraer a sí la voluntad de la parte racional, para sacarla de lo inferior a que quiera lo exterior que ellas quieren y apetecen, moviendo también al entendimiento y atrayéndole a que se case y junte con ellas en su bajo modo de sentido, procurando conformar y aunar la parte racional con la sensual.

Vosotras, pues, dice, ¡oh sensuales operaciones y movimientos!

en tanto que en las flores y rosales.

5. *Las flores*, como habemos dicho, son las virtudes del alma; *los rosales* son las potencias de la misma alma, memoria, entendimiento y vo-

luntad, las cuales llevan en sí y crían flores de conceptos divinos, y actos de amor y las dichas virtudes. En tanto, pues, que en estas virtudes y potencias de mi alma, etc.

el ámbar perfumea.

6. Por *el ámbar* entiende aquí el divino Espíritu del Esposo que mora en el alma; y *perfumear* este divino ámbar en las flores y rosales es derramarse y comunicarse suavísimamente en las potencias y virtudes del alma, dando en ellas al alma perfume de divina suavidad. En tanto, pues, que este divino Espíritu está dando suavidad espiritual a mi alma,

morá en los arrabales.

7. *En los arrabales* de Judea, que decimos ser la porción inferior o sensitiva del alma; y *los arrabales* de ella son los sentidos sensitivos interiores, como son la memoria, fantasía e imaginativa, en los cuales se colocan y recogen las formas e imágenes y fantasmas de los objetos, por medio de los cuales la sensualidad mueve sus apetitos y codicias. Y estas formas, etc., son las que aquí llama *ninfas*; las cuales quietas y sosegadas, duermen también los apetitos. Estas entran a estos sus arrabales de los sentidos interiores por las puertas de los sentidos exteriores, que son oír, ver, oler, etc., de manera que todas las potencias y sentidos, ahora interiores, ahora exteriores, de esta parte sensitiva los podemos llamar *arrabales*, porque son los barrios que están fuera de los muros de la ciudad. Porque lo que se llama ciudad en el alma es allá lo de más adentro, es a saber, la parte racional, que tiene capacidad para comunicar con

Dios, cuyas operaciones son contrarias a las de la sensualidad. Pero porque hay natural comunicación de la gente que mora en estos *arrabales* de la parte sensitiva, la cual es *las ninfas* que decimos, con la parte superior, que es la ciudad, de tal manera que lo que se obra en esta parte inferior ordinariamente se siente en la otra interior, y, por consiguiente, la hace advertir y desquietar de la obra y asistencia espiritual que tiene en Dios, por eso les dice que *moren en sus arrabales*, esto es, que se quieten en sus sentidos sensitivos interiores y exteriores.

y no queráis tocar nuestros umbrales.

8. Esto es, ni por primeros movimientos toquéis a la parte superior, porque los primeros movimientos del alma son las entradas y *umbrales* para entrar en el alma. Y cuando pasan de primeros movimientos en la sazón, ya van pasando los umbrales; pero cuando sólo son primeros movimientos, sólo se dice *tocar a los umbrales* o llamar a la puerta; lo cual se hace cuando hay acometimientos a la razón de parte de la sensualidad para algún acto desordenado. Pues no solamente el alma dice aquí que éstos no toquen al alma, pero aun las advertencias que no la hacen a la quietud y bien de que goza, no ha de haber.

CANCION XIX

ANOTACIÓN

1. Está tan hecha enemiga el alma en este estado de la parte inferior y de sus operaciones, que no querría que la comunicase Dios nada de lo es-

piritual cuando lo comunica a la parte superior; porque o ha de ser muy poco, o no lo ha de poder sufrir, por la flaqueza de su condición, sin que desfallezca el natural, y, por consiguiente, padezca y se aflija el espíritu, y así no lo pueda gozar en paz. Porque, como dice el Sabio (9, 15): *El cuerpo agrava al alma, porque se corrompe*. Y como el alma desea las más altas y excelentes comunicaciones de Dios, y éstas no las puede recibir en compañía de la parte sensitiva, desea que Dios se las haga sin ella. Porque aquella alta visión del *tercer cielo* que vio san Pablo (2 Cor., 12, 2), en que dice que vio a Dios, dice él mismo que no sabe si la recibió *en el cuerpo o fuera de él*. Pero de cualquier manera que ello fuese, ello fue sin el cuerpo; porque si el cuerpo participara, no lo pudiera dejar de saber, ni la visión pudiera ser tan alta como él dice, diciendo que oyó *tan secretas palabras que no es lícito al hombre hablarlas*. Por eso, sabiendo muy bien el alma que mercedes tan grandes no se pueden recibir en vaso tan estrecho, deseando que se las haga el Esposo fuera de él, o a lo menos sin él, hablando con Él mismo se lo pide en esta canción:

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo;
mas mira las compañías
de la que va por ínsulas extrañas.

DECLARACIÓN

2. Cuatro cosas pide el alma Esposa al Esposo en esta canción: La primera, que sea Él servido de comunicársele muy adentro en lo escondido de

su alma; la segunda, que embista e informe sus potencias con la gloria y excelencia de su Divinidad; la tercera, que sea esto tan alta y profundamente, que no se sepa ni quiera decir, ni sea de ello capaz el exterior y parte sensitiva; la cuarta, que se enamore de las muchas virtudes y gracias que Él ha puesto en ella, con las cuales va ella acompañada y sube a Dios por muy altas y levantadas noticias de la Divinidad, y por excesos de amor muy extraños y extraordinarios de los que ordinariamente se suelen tener; y así dice:

Escóndete, Carillo

3. Como si dijera: querido Esposo mío, re-cógete en lo más interior de mi alma, comunicándole a ella escondidamente, manifestándole tus escondidas maravillas, ajenas de todos los ojos mortales.

y mira con tu haz a las montañas.

4. La haz de Dios es la Divinidad, y las montañas son las potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad, y así es como si dijera: Embiste con tu Divinidad en mi entendimiento dándole inteligencias divinas, y en mi voluntad dándole y comunicándole el divino amor, y en mi memoria con divina posesión de gloria. En esto pide el alma todo lo que le puede pedir, porque no anda ya contentándose en conocimiento y comunicación de Dios por las espaldas, como hizo Dios con Moisés (*Ex.*, 33, 23), que es conocerle por sus efectos y obras, sino con la haz de Dios, que es comunicación esencial de la Divinidad sin otro algún medio en el alma, por cierto contacto de ella en la Divinidad; lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes, por cuanto es

toque de sustancias desnudas, es a saber, del alma y Divinidad.

Y por eso dice luego:

y no quieras decillo

5. Es a saber, *y no quieras decillo* como antes, cuando las comunicaciones que en mí hacías eran de manera que las decías a los sentidos exteriores, por ser cosas de que ellos eran capaces, porque no eran tan altas y profundas que no pudiesen ellos alcanzarlas; mas ahora sean tan subidas y substanciales estas comunicaciones y tan de adentro, que no se les diga a ellos nada, esto es, que no lo puedan ellos alcanzar a saber. Porque la substancia del espíritu no se puede comunicar al sentido, y todo lo que se comunica al sentido, mayormente en esta vida, no puede ser puro espíritu, por no ser él capaz de ello. Deseando, pues, el alma aquí esta comunicación de Dios tan substancial y esencial que no cae en sentido, pide al Esposo que *no quiera decirlo*, que es como decir: Sea de manera la profundidad de este escondrijo de unión espiritual, que el sentido no lo acierte a decir ni a sentir, siendo como los secretos que oyó san Pablo (2 Cor., 12, 4), *que no era lícito al hombre decirlos*.

mas mira las compañías

6. El *mirar* de Dios es amar y hacer mercedes; y *las compañías* que aquí dice el alma que mire Dios, son la multitud de virtudes y dones y perfecciones y otras riquezas espirituales que Él ha puesto ya en ella como arras y prendas y joyas de desposada. Y así es como si dijera: Mas antes conviértete, Amado, a lo interior de mi alma,

enamorándote del acompañamiento de riquezas que has puesto en ella, para que enamorado de ella en ellas, te escondas en ella y te detengas, pues que es verdad que aunque son tuyas por habérselas tú dado, también son tuyas.

de la que va por ínsulas extrañas.

7. Es a saber, de mi alma, que va a Ti *por extrañas* noticias de Ti, y por modos y vías extrañas y ajenas de todos los sentidos y del común conocimiento natural; y así es como si dijera, queriéndole obligar: Pues va mi alma a Ti por noticias espirituales, extrañas y ajenas de los sentidos, comunícate Tú a ella también en tan interior y subido grado que sea ajeno de todos ellos.

CANCIONES XX Y XXI

ANOTACIÓN

1. Para llegar a tan alto estado de perfección como aquí el alma pretende, que es el matrimonio espiritual, no sólo no le basta estar limpia y purificada de todas las imperfecciones y rebeliones y hábitos imperfectos de la parte inferior en que, desnudado el viejo hombre, está ya sujeta y rendida a la superior, sino que también ha menester grande fortaleza y muy subido amor para tan fuerte y estrecho abrazo de Dios. Porque no solamente en este estado consigue el alma muy alta pureza y hermosura, sino también terrible fortaleza, por razón del estrecho y fuerte nudo que por medio de esta unión entre Dios y el alma se da.

2. Por lo cual, para venir a él ha menester ella estar en el punto de pureza, fortaleza y amor competente; que por eso, deseando el Espíritu Santo, que es el que interviene y hace esta junta espiritual, que el alma llegase a tener estas partes para merecerlo, hablando con el Padre y con el Hijo en los Cantares (8, 8), dijo: *¿Qué haremos a nuestra hermana en el día que ha de salir a vistas y a hablar?; porque es pequeñuela y no tiene crecidos los pechos. Si ella es muro, edifiquemos sobre él fuerzas y defensas plateadas; y si es puerta, guarnecámosla con tablas cedrinas.* Entendiendo aquí por *las fuerzas y defensas plateadas* las virtudes fuertes y heroicas, envueltas en fe, que por la plata es significada; las cuales virtudes heroicas son ya las del matrimonio espiritual, que asientan sobre el alma fuerte, que aquí es significada por *el muro*, en cuya fortaleza ha de reposar el pacífico Esposo sin que perturbe alguna flaqueza; entendiendo por *las tablas cedrinas* las aficiones y accidentes del alto amor, el cual alto amor es significado por el cedro, y éste es el amor del matrimonio espiritual. Y para guarnecer con él a la Esposa es menester que ella sea *puerta*, es a saber, para que entre el Esposo, teniendo ella abierta la puerta de la voluntad para Él por entero y verdadero sí de amor, que es el *sí* del desposorio que está dado antes del matrimonio espiritual; entendiendo también por *los pechos* de la Esposa ese mismo amor perfecto que le conviene tener para parecer delante del Esposo Cristo, para consumación de tal estado.

3. Pero dice allí el texto (v. 10) que respondió luego la Esposa con el deseo que tenía de salir a estas vistas, diciendo: *Yo soy muro, y mis pechos son como una torre.* Que es como decir: Mi alma

es fuerte y mi amor muy alto, para que no quede por eso. Lo cual también aquí el alma Esposa, con el deseo que tiene de esta perfecta unión y transformación, ha ido dando a entender en las precedentes canciones, mayormente en la que acabamos de declarar, en que pone al Esposo por delante las virtudes y ricas disposiciones que de Él tiene recibidas para más obligarle. Y por eso el Esposo, queriendo concluir con este negocio, dice las dos siguientes canciones, en que acaba de purificar al alma y hacerla fuerte y disponerla, así según la parte sensitiva como según la espiritual, para este estado, diciéndolas contra todas las contrariedades y rebeliones, así de la parte sensitiva, como de parte del demonio.

A las aves ligeras,
 leones, ciervos, gamos saltadores,
 montes, valles, riberas,
 aguas, aires, ardores
 y miedos de las noches veladores:
 Por las amenas liras,
 y canto de sirenas os conjuro,
 que cesen vuestras iras,
 y no toquéis al muro,
 porque la Esposa duerma más seguro.

DECLARACIÓN

4. En estas dos canciones pone el Esposo Hijo de Dios al alma Esposa en posesión de paz y tranquilidad, en conformidad de la parte inferior con la superior, limpiándola de todas sus imperfecciones, y poniendo en razón las potencias y razones naturales del alma, sosegando todos los demás apetitos, según se contiene en las sobredichas dos canciones, cuyo sentido es el siguiente:

Primeramente, conjura el Esposo y manda a las inútiles digresiones de la fantasía e imaginativa que de aquí adelante cesen; y también pone en razón a las dos potencias naturales, irascible y concupiscible, que antes algún tanto afligían al alma; y pone en perfección de sus objetos a las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, según se puede en esta vida. Demás de esto conjura y manda a las cuatro pasiones del alma, que son: gozo, esperanza, dolor y temor, que ya de aquí adelante estén mitigadas y puestas en razón. Todas las cuales cosas son significadas por todos aquellos nombres que se ponen en la canción primera, cuyas molestas operaciones y movimientos hace el Esposo que ya cesen en el alma por medio de la gran suavidad y deleite y fortaleza que ella posee en la comunicación y entrega espiritual que Dios de Sí le hace en este tiempo. En la cual, porque Dios transforma vivamente al alma en Sí, todas las potencias, apetitos y movimientos del alma pierden su imperfección natural y se mudan en divinos. Y así dice:

A las aves ligeras

5. Llama *aves ligeras* a las digresiones de la imaginativa, que son ligeras y sutiles en volar a una parte y a otra; las cuales, cuando la voluntad está gozando en quietud de la comunicación sabrosa del Amado, suelen hacerle sinsabor, y apagarle el gusto con sus vuelos sutiles; a las cuales dice el Esposo que *las conjura por las amenas liras*, etc.: esto es, que pues ya la suavidad y deleite del alma es tan abundante y frecuente, que ellas no lo podrán impedir como antes solían, por no haber llegado a tanto, que cesen sus inquietos vuelos, ímpetus y excesos; lo cual se ha

de entender así en las demás partes que habemos de declarar aquí, como son:

leones, ciervos, gamos saltadores

6. Por los *leones* entiende las acrimonias e ímpetus de la potencia irascible, porque esta potencia es osada y atrevida en sus actos como los leones. Y por *ciervos y gamos saltadores* entiende la otra potencia del alma, que es la concupiscible, que es la potencia del apetecer, la cual tiene dos efectos: el uno de cobardía, y el otro de osadía. Los efectos de cobardía ejercita cuando las cosas no las halla para sí convenientes, porque entonces se retira, encoge y acobarda, y en estos efectos es comparada a los ciervos; porque así como tienen esta potencia concupiscible más intensa que otros muchos animales, así son muy cobardes y encogidos. Los efectos de osadía ejercita cuando halla las cosas convenientes para sí, porque entonces no se encoge y acobarda, sino atrevese a apetecerlas y admitirlas con los deseos y afectos. Y en estos afectos de osadía es comparada esta potencia a los gamos, los cuales tienen tanta concupiscencia en lo que apetecen, que no sólo a ello van corriendo, mas aun saltando, por lo cual aquí los llama *saltadores*.

7. De manera que en *conjurar los leones* pone rienda a los ímpetus y excesos de la ira; y en *conjurar los ciervos*, fortalece la concupiscencia en las cobardías y pusilanimidades que antes la encogían; y en *conjurar los gamos saltadores*, la satisface y apacigua los deseos y apetitos que antes andaban inquietos, saltando como gamos de uno en otro, para satisfacer a la concupiscencia, la cual está ya satisfecha *por las amenas liras*,

de cuya suavidad goza, y *por el canto de sirenas*, en cuyo deleite se apacienta. Y es de notar que no conjura el Esposo aquí a la ira y concupiscencia, porque estas potencias nunca en el alma faltan, sino a los molestos y desordenados actos de ellas, significados por los leones, ciervos, gamos saltadores, porque éstos en este estado es necesario que falten.

montes, valles, riberas.

8. Por estos tres nombres se denotan los actos viciosos y desordenados de las tres potencias del alma, que son memoria, entendimiento y voluntad; los cuales actos son desordenados y viciosos cuando son en extremo altos y cuando son en extremo bajos y remisos, o aunque no lo sean en extremo, cuando declinan hacia uno de los dos extremos. Y así por los *montes*, que son muy altos, son significados los actos extremados en demasía desordenada; por los *valles*, que son muy bajos, se significan los actos de estas tres potencias extremados en menos de lo que conviene; y por las *riberas*, que ni son muy altas ni muy bajas, sino que, por no ser llanas, participan algo de un extremo y del otro, son significados los actos de las potencias cuando exceden o faltan algo del medio y llano de lo justo; los cuales, aunque no son extremadamente desordenados, que sería llegando a pecado mortal, todavía lo son en parte, ahora en venial, ahora en imperfección, por mínima que sea, en el entendimiento, memoria y voluntad. A todos estos actos excesivos de lo justo *conjura* también que cesen por las amenas liras y canto dicho; las cuales tienen puestas a las tres potencias del alma tan en su punto de efecto, que están tan empleadas en la justa ope-

ración que las pertenece, que no sólo no en extremo, pero ni aun en parte de él participan alguna cosa. Síguense los demás versos:

*aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores.*

9. Y también por estas cuatro cosas entiende las aficciones de las cuatro pasiones, que, como dijimos, son dolor, esperanza, gozo y temor.

Por las *aguas* se entienden las afecciones del dolor que afligen al alma, porque así como agua se entran en el alma; de donde David (*Sal.* 68, 2) dice a Dios hablando de ellas: *Salvum me fac, Deus quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam.* Esto es: Sálvame, Dios mío, porque han entrado las aguas hasta mi alma.

Por los *aires* entiende las afecciones de la esperanza, porque así como aire vuelan a desear lo ausente que se espera. De donde también dice David (*Sal.* 118, 131): *Os meum aperui, et attraxi spiritum: quia mandata tua desiredabam.* Como si dijera: Abrí la boca de mi esperanza, y atraje el aire de mi deseo, porque esperaba y deseaba tus mandamientos.

Por los *ardores* se entienden las afecciones de la pasión del gozo, las cuales inflaman el corazón a manera de fuego; por lo cual el mismo David (*Sal.* 38, 4) dice: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis.* Que quiere decir: Dentro de mí se calentó mi corazón, y en mi meditación se encenderá fuego; que es tanto como decir: en mi meditación se encenderá el gozo.

Por los *miedos de las noches veladores* se entiende las afecciones de la otra pasión, que es el

temor, las cuales en los espirituales que aún no han llegado a este estado del matrimonio espiritual, de que vamos hablando, suelen ser muy grandes; a veces de parte de Dios, al tiempo que les quiere hacer algunas mercedes, como hemos dicho arriba, que le suele hacer temor al espíritu y pavor, y también encogimiento de la carne y sentidos, por no tener ellos fortalecido y perfeccionado el natural y habituado a aquellas mercedes; a veces también de parte del demonio, el cual al tiempo que Dios da al alma recogimiento y suavidad en Sí, teniendo él grande envidia y pesar de aquel bien y paz del alma, procura poner horror y temor en el espíritu por impedirle aquel bien, y a veces como amenazándola allá en el espíritu; y cuando ve que no puede llegar a lo interior del alma, por estar ella muy recogida y unida con Dios, a lo menos por de fuera en la parte sensitiva pone distracción y variedad y aprietos y dolores y horror al sentido, a ver si por este medio puede inquietar a la Esposa de su tálamo. A los cuales llama *miedos de las noches*, por ser de los demonios, y porque con ellos el demonio procura difundir tinieblas en el alma para oscurecer la divina luz de que goza. Y llama *veladores* a estos temores, porque de suyo hacen velar y recordar al alma de su suave sueño interior; y también porque los demonios que los causan están siempre velando por ponerlos estos temores, que pasivamente de parte de Dios o del demonio, como he dicho, se injieren en el espíritu de los que son ya espirituales. Y no trato aquí de otros temores temporales o naturales, porque tener los tales temores no es de gente espiritual; mas tener los espirituales temores ya dichos es propiedad de espirituales.

10. Pues a todas estas cuatro maneras de afec-
ciones de las cuatro pasiones del alma *conjura*
también el Amado, haciéndolas cesar y sosegar,
por cuanto Él da ya a la Esposa caudal en este
estado, y fuerza y satisfacción en *las amenas liras*
de su suavidad, y *canto de sirenas* de su deleite,
para que no sólo no reinen en ella, pero ni aun en
algún tanto la pueden dar sinsabor. Porque es la
grandeza y estabilidad del alma tan grande en este
estado, que si antes le llegaban al alma las aguas
del *dolor* de cualquier cosa, y aun de los pecados
suyos o ajenos, que es lo que más suelen sentir los
espirituales, y aunque los estima, no le hacen dolor
ni sentimiento; y la compasión, esto es, el sen-
timiento de ella, no le tiene, aunque tiene las obras
y perfección de ella. Porque aquí le falta al alma
lo que tenía de flaco en las virtudes, y le queda lo
fuerte, constante y perfecto de ellas. Porque a
modo de los ángeles, que perfectamente estiman
las cosas que son de dolor sin sentir dolor, y ejer-
citan las obras de misericordia sin sentimiento de
compasión, le acaece al alma en esta transforma-
ción de amor. Aunque algunas veces y en algunas
sazones dispensa Dios con ella, dándole a sentir
cosas y a padecer en ellas, porque más merezca y
se afervore en el amor o por otros respetos, como
hizo con la Madre Virgen y con san Pablo y
otros; pero el estado de suyo no lo lleva.

11. En los deseos de la *esperanza* tampoco se
aflige, porque estando ya satisfecha con esta unión
de Dios, cuanto en esta vida puede, ni acerca del
mundo tiene qué esperar, ni acerca de lo espiritual
qué desear, pues se ve y siente llena de las rique-
zas de Dios; y así en el vivir y en el morir está
conforme y ajustada con la voluntad de Dios, di-
ciendo según la parte sensitiva y espiritual: *Fiat*

voluntas tua, sin ímpetu de otra gana y apetito; y así el deseo que tiene de ver a Dios es sin pena.

También las afecciones del gozo, que en el alma solían hacer sentimiento de más o menos, ni en ellas echa de ver mengua ni le hace novedad abundancia; porque es tanta la que ella ordinariamente goza, que a manera de la mar, ni mengua por los ríos que de ella salen, ni crece por los que en ella entran; porque esta alma es en la que está hecha esta fuente, de que dice Cristo por san Juan (4, 14) que *su agua salta hasta la vida eterna*.

12. Y porque he dicho que esta tal alma no recibe novedad en este estado de transformación, en lo cual parece que le quita los gozos accidentarios, que aun en los glorificados no faltan, es de saber que aunque a esta alma no le faltan esos gozos y suavidades accidentarias, porque antes las que ordinariamente tiene son sin cuenta, no por eso en lo que es substancial comunicación de espíritu se le aumenta nada, porque todo lo que de nuevo le puede venir ya ella se lo tenía; y así es más lo que en sí tiene que lo que de nuevo le viene. De donde todas las veces que a esta alma se le ofrecen cosas de gozo y alegría, ahora de cosas exteriores, ahora espirituales e interiores, luego se convierte a gozar las riquezas que ella tiene ya en sí, y se queda con mucho mayor gozo y deleite en ellas [que] en las que de nuevo le vienen, porque tiene en alguna manera la propiedad de Dios en esto, el cual, aunque en todas las cosas se deleita, no se deleita tanto en ellas como en Sí mismo, porque tiene Él en Sí eminente bien sobre todas ellas. Y así todas las novedades que a esta alma acaecen de gozos y gustos, más le sirven de recuerdos para que se deleite en lo que ella ya tiene

y siente en sí, que en aquellas novedades; porque, como digo, es más que ellas.

13. Y cosa natural es que cuando una cosa da gozo y contento al alma, si tiene otra que más estime y más gusto le dé, luego se acuerda de aquella, y asienta su gusto y gozo en ella. Y así es tan poco lo accidental de estas novedades espirituales y lo que ponen de nuevo en el alma en comparación de lo substancial que ella ya en sí tiene, que lo podemos decir nada, porque el alma que ha llegado a este cumplimiento de transformación en que está toda crecida no va creciendo con las novedades espirituales, como las otras que no han llegado. Pero es cosa admirable de ver que con no recibir esta alma novedades de deleites, siempre le parece que las recibe de nuevo y también que se las tenía. La razón es porque siempre las gusta de nuevo, por ser su bien siempre nuevo; y así le parece que recibe siempre novedades, sin haber menester recibirlas.

14. Pero si quisiésemos hablar de la iluminación de gloria que en este ordinario abrazo que tiene dado al alma, algunas veces hace en ella, que es cierta conversión espiritual a ella, en que le hace ver y gozar de por junto este abismo de deleites y riquezas que ha puesto en ella, nada se podría decir que declarase algo de ello. Porque a manera del sol cuando de lleno embiste la mar esclarece hasta los profundos senos y cavernas, y parecen las perlas y venas riquísimas de oro y otros minerales preciosos, etc., así este divino Sol del Esposo, convirtiéndose a la Esposa, saca de manera a la luz las riquezas del alma, que hasta los ángeles se maravillan de ella y digan aquello de los Cantares (6, 9), es a saber: *¿Quién es ésta*

que procede como la mañana que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible y ordenada como las haces de los ejércitos? En la cual iluminación, aunque es de tanta excelencia, no se le acrecienta nada a la tal alma, sino sólo sacarle a luz a que goce lo que antes tenía.

15. Finalmente, ni los *miedos de las noches veladores* llegan a ella, estando ya tan clara y tan fuerte, y reposando tan de asiento en Dios, que ni la pueden oscurecer con sus tinieblas los demonios, ni atemorizar con sus terrores, ni recordar con sus ímpetus; de donde ninguna cosa la puede llegar ni molestar, habiéndose ya ella entrado de todas las cosas en su Dios, donde de toda paz goza, de toda suavidad gusta y en todo deleite se deleita, según sufre la condición y estado de esta vida. Porque de esta tal alma se entiende aquello que dice el Sabio (*Prov., 15, 15*), es a saber: *El alma pacífica y sosegada es como un convite continuo*; porque así como en un convite hay sabor de todos manjares y suavidad de todas músicas, así el alma, en este convite que ya tiene en el pecho del Esposo, de todo deleite goza y de toda suavidad gusta. Y es tan poco lo que habemos dicho de lo que aquí pasa y lo que se puede decir con palabras, que siempre se diría lo menos que en el alma que a este dichoso estado llega pasa. Porque si el alma atina a dar en *la paz de Dios*, que, como dice san Pablo (*Fil., 4, 7*), *sobrepuja todo sentido*, quedará todo sentido para hablar en ella corto y mudo.

Síguese el verso de la segunda canción:

*Por las amenas liras
y canto de sirenas os conjuro.*